

Reflexiones sobre San Ignacio de Loyola y el humanismo

Joaquín R. Fernández

San Ignacio de Loyola, que conoció y apreció en París el movimiento humanista entonces en su apogeo, y aun trató personalmente a Erasmo en Flandes, supo aprovechar esta nueva corriente en tanto cuanto tenía de útil y ventajoso para la educación de la juventud, pero evitando al mismo tiempo sus peligros. Sus normas al respecto son un verdadero ejemplo de comprensión y prudencia.

Dada la actualidad del tema del humanismo, aun cuando se emplea el término en muy diversos sentidos, unos dentro y otros fuera de la ortodoxia, unos de acuerdo al ideal formativo del sano Renacimiento y otros conforme a concepciones naturalistas y utilitarias de la vida, me ha parecido que sería interesante un estudio sobre las relaciones de San Ignacio con aquellas tendencias humanistas de su tiempo que se considera han ejercido gran influencia en el desenvolvimiento de la civilización moderna.

Cuando Ignacio llegó a París en 1528, a inscribirse en el colegio de Monteagudo para repasar sus estudios de letras, ya que los realizados en Barcelona, Alcalá y Salamanca le parecían insuficientes para entrar en las facultades superiores y prepararse bien a su futuro apostolado, el humanismo contaba allí con entusiastas partidarios, en un ambiente muy confuso por la infiltración protestante, la actitud que frente a ella asumían los humanistas y la pugna entre los defensores de

la tradición y los fautores de ciertas novedades de doctrina o, a lo menos, de método.

Al referirse a ese momento el P. Pablo Dudon, S.J. en su vida de San Ignacio, observa que la Sorbona y el Parlamento se habían mostrado decididamente refractarios a la penetración protestante, pero que la Corte contemporizaba y que Francisco I, a pesar de su fidelidad a la Iglesia, no fué siempre consecuente, sino que ya secundaba la actitud de su madre Luisa de Saboya reprimiendo a los sospechosos de novedades, ya los toleraba y defendía por representar, a una con su hermana Margarita de Navarra, un papel de libérrimo Mecenas.

Nada extraño, pues, que en un ambiente tan confuso como era lógico existiese, los humanistas también estuvieran divididos. Conviene recordar que se ha exagerado mucho, así en favor como en contra del humanismo renacentista. Ni todo fué oscuridad y miseria en el medievo, ni todo fué oro lo que relucía en

el Renacimiento, ni todo fué radiante esplendor después de él. La verdad y el error, el bien y el mal coexisten y luchan entre sí en todas las épocas y en todos los pueblos. Ni es justo tachar, en general, al Renacimiento de pagano y de causa del protestantismo y de otros errores y males sociales posteriores, ni es tampoco razonable dejar de reconocer que la afición desmedida a la antigua cultura greco-romana resucitó en parte el ideal pagano de perfección humana, y que el desenfrenado espíritu de crítica y de rebeldía y el subjetivismo de juicio que ponía en contradicción a algunos ingenios con el magisterio y la tradición de la Iglesia prepararon el camino a la falsa reforma y contribuyeron a minar el principio de autoridad. Frente a eximios exponentes de un sano humanismo, al estilo de Petrarca, Boecio, Bessarión, Ficino, Mezzofanti, da Feltre, Nicolás de Cusa, Gerson, Budé o Tomás Moro, hubo también otros eruditos más o menos desviados de la ortodoxia o de la moralidad como Pico de la Mirándola, Pomponio Leto, Erasmo de Rotterdam, Ulrico de Hutten, Lefevre d'Etaples, Luis Vives, Maquiavelo o Melanchton. Ambas tendencias se reflejaban naturalmente, comunicando inquietud y peligrosidad al ambiente, en la universidad de París y en los sesenta colegios dependientes de ella en esa capital, durante los siete años que allí permaneció Ignacio, como estudiante de letras en Monteagudo, de artes en Santa Bárbara y de teología en el convento de los dominicos de la calle de Saint Jacques.

¿Qué actitud, pues, tomó Ignacio frente al humanismo, sobre todo desde que en 1530 los "profesores reales", llamados por Francisco I para dar impulso a

las letras latinas, griegas y hebreas, cautivaban con fascinador estilo, de palabra y por escrito, a la juventud académica que pronto empezó a asediar sus cátedras, ávida de cultura clásica? En general, se puede responder que Ignacio, como fidelísimo hijo que en todo procuraba sentir con nuestra Santa Madre la Iglesia Jerárquica, también en este punto opinó y actuó de acuerdo al criterio y modo de proceder de ella: apreciar y fomentar, con las debidas cautelas, la cultura humanista del Renacimiento y estudiar los clásicos, como decía San Agustín, sólo "para aprender en ellos el ropaje con que vistieron la mentira, y adornar después con él la verdad a quien pertenece". Este fué el criterio y la conducta de Ignacio, como persona particular, como apóstol de sus compañeros de estudio y como fundador de la Compañía de Jesús.

San Ignacio no fué ni pretendió ser un humanista en el sentido corriente del vocablo en su tiempo. Su humanismo fué el de una vigorosa personalidad, en la que se conjugaron la férrea voluntad y el talento organizador de su raza con una discreta cultura general, sobrenaturalizado todo con una fe integérrima e ilustrada con luces del cielo, y con una docilidad a toda prueba a la gracia. El era un místico endiosado, con una misión providencial, y si estudió, en parte bajo la férula de los humanistas, fué porque comprendió que era voluntad de Dios para que se hiciese más apto instrumento de su gloria.

El colegio de Monteagudo, en que Ignacio repasó letras junto con los adolescentes, a pesar de sus treinta y tantos años, como nota el P. Dudon en cuya vida del Santo espigamos, había dado

suficientes muestras de benevolencia hacia el humanismo, ya que varios de sus profesores habían publicado manuales preceptivos, por ejemplo Fichet una Retórica, Gaguin una Métrica, Tardif una Gramática, y aun el mismo Erasmo había dictado allí algún año, entre 1495 y 1499, Sagrada Escritura. Empero, después de la rebelión de Lutero, el ambiente se había tornado tempestuoso en sus aulas. Noel Beda, Principal del colegio después de Standonck, publicó en 1528 contra Lefevre d'Etaples y Erasmo su opúsculo *Adversus clandestinos Lutheranos*, y logró que la Sorbona prohibiese la lectura en los colegios de los *Coloquios* de Erasmo. Aun en el mismo método de estudios regía en Monteagudo un firme tradicionalismo, usándose el *Doctrinal* en verso de Alejandro de Villadinos y el *Grecismo* de Everardo de Bethune, textos que databan del medioevo. Paralelamente, se preleían pasajes de los clásicos, de Cicerón sobre todo, y de Tito Livio, César, Plinio, Virgilio, Ovidio, Horacio, Persio y Terencio. En Retórica, Ignacio usaría las glosas de sus maestros sobre Aristóteles o Boecio, y también es verosímil hay leído el *Isagogo* de Raymundo Lulio. Es poco probable que estudiase el griego en Monteagudo, ya que los *Comentarios* de Budé sobre esta materia no aparecieron sino en el verano de 1529 y los cursos de los "profesores reales" sobre lenguas antiguas, que llamaron la atención en la Facultad de Artes y en la Sorbona, no comenzaron sino en marzo de 1530. Si alguna vez Ignacio estudió el griego, debió ser con Pedro Fabro, su compañero y repetidor en Santa Bárbara, a donde se trasladó en el otoño de 1529 para iniciar su formación filosófica.

El colegio de Santa Bárbara estaba

abierto a las corrientes humanistas. Sus alumnos, deseosos de rebasar los límites de los silogismos y de las exposiciones de física o matemáticas, acudían en gran número, al igual que los de otros planteles, a las aulas de los "profesores reales", que en diversos locales fuera de la universidad enseñaban las lenguas antiguas al estilo de los más fervientes humanistas de Alemania e Italia; interpretaban a Aristóteles, procurando conciliarlo con Santo Tomás, Escoto, Ockam y otros escolásticos; precisaban o pretendían precisar el sentido de la Escritura por su texto original; y hacían oír, por encima del ruido de los glosadores escolásticos, los ecos del pseudo Dionisio, de San Juan Damasceno y de los Padres de la Iglesia, sin hablar de Lulio y de Ruysbroeck. Algunos más avanzados hubieran querido con Lefevre d'Etaples renovar no sólo el lenguaje, sino aun los métodos y las teorías de la antigua escolástica. Nada extraño, pues, que los teólogos de la Sorbona, cuyo portavoz era su síndico Beda, mirasen con recelo y fustigasen implacablemente el movimiento humanista, en atención a los que como Erasmo, d'Etaples, Berquín, Caroli, Masurier, Papi llón, Kopp y otros desbarraban más o menos en la fe o la moral.

Ignacio de Loyola debió llevar desde España un sentimiento muy vivo de desconfianza contra Erasmo y Lefevre d'Etaples. Desde Alcalá le eran muy sospechosos por las discusiones que sobre su ortodoxia habían suscitado entre los teólogos, el primero por su famosa edición del *Nuevo Testamento* publicada en Basilea en 1516, y el segundo por su *Comentario sobre las Epístolas de San Pablo* aparecido en 1512. En París se acentuó aún más su oposición a dichos auto-

res y a sus secuaces, debido a la lectura de las actas del Concilio Episcopal de Sens, publicadas en 1529, el año siguiente de su clausura y por varios actos del Parlamento, ordenando el suplicio de Berquín en 1529, los procesos contra Saunier y Masurier en 1530, las revisiones de las librerías en 1532 y la prisión de Morand en 1533. Por eso, la actitud de Ignacio frente al humanismo, como persona particular y como consejero de sus compañeros, nueve de los cuales, Fabro, Javier, Laínez, Salmerón, Bobadilla, Rodríguez, Jayo, Broet y Coduri formaron después el núcleo inicial de la Compañía de Jesús por él fundada, fué de prudente reserva, con la que unió al sincero aprecio de las letras y del sano saber del Renacimiento la más celosa integridad en la doctrina. Intimamente penetrado, según el espíritu de sus *Ejercicios Espirituales*, de las relaciones trascendentes del hombre con Dios, su primer principio y último fin, y por ende arquetipo de toda perfección; viviendo intensamente la vida sobrenatural de unión e imitación de Cristo, Mediador, también en el orden de la ejemplaridad, entre el hombre y Dios; y siendo además adictísimo a las enseñanzas y mandatos de la Iglesia Católica, puesta por Cristo para continuar su obra en la tierra, Ignacio no podía admitir un ideal de perfección humana que fuese más o menos pagano, naturalista, antropocéntrico, independiente de Dios, de Jesucristo, de los auxilios de la gracia, al margen de las enseñanzas y tradiciones de la Cátedra de Pedro. Para él, el ideal humanista debía ser teocéntrico y sobrenaturalista, netamente encuadrado dentro del marco de la doctrina católica, ya que un humanismo que quisiese realizar un ideal meramente na-

"Resulta claro que Ignacio fué un temprano promotor de la democratización de la educación, no en el sentido de que haya rebajado el nivel de los estudios hasta que todos pudieran poseer un diploma, sino en cuanto que hizo que la educación sólida y completa estuviera al alcance de todos los niños que tenían aptitudes y energía para aprovecharla. Los teorizadores de la educación en los primeros tiempos del Renacimiento, como Vergerio, Eneas Silvio Piccolomini y Erasmo, pensaban principalmente en la educación de príncipes y nobles, en pequeños grupos en palacios donde la instrucción era casi tutorial. Pero Ignacio, en cambio, pensó principalmente en la libre educación de los pobres, en grandes grupos. De hecho, estos grupos numerosos eran un medio indispensable si los objetivos sociales que Ignacio se proponía alcanzar habían de concretarse en algo más que meras veleidades. La reforma interna de la cristiandad, que él se proponía, requería, sí príncipes capaces: pero también tenía necesidad de un gran número de gobernados formados en las mismas concepciones. Sin la ayuda de súbditos así dispuestos, poco podrían hacer desde arriba los gobernantes." — (G. E. Ganss, en *St. Ignatius' Idea of a University*).

tural de perfección humana, sin tener en cuenta la revelación divina y el auxilio sobrenatural de la gracia, produciría un resultado incompleto, cuando no antinatural e infrahumano, debido al oscurecimiento del entendimiento y a la debilitación de la voluntad en el hombre, como consecuencia de la culpa original.

"¿Qué le aprovecha, —repetía, por ejemplo, a aquel joven extraordinario Francisco Javier, cuando le veía tan entusiasmado por los maestros humanistas de París— qué le aprovecha al hombre ganar el mundo entero, si es con detrimento de su alma?" Y esta reflexión,

recibida tal vez al principio con una benévola sonrisa, fué poco a poco persuadiendo al joven navarro que le convenía evitar las prelecciones y el trato con aquellos humanistas que, so capa de cultura clásica, ocultaban los errores de Lutero y sus secuaces. Por este camino, la gracia transformó en un candidato a apóstol de Oriente y santo, a aquel estudiante inteligente y ambicioso, pronto distinguido maestro en artes, que se hubiera tal vez extraviado con maestros como el rector de la universidad en 1533, Nicolás Kopp, quien, inspirado quizá por Calvino, defendió a Margarita de Navarra y, delatado como hereje ante el Parlamento por los franciscanos, juzgó prudente huír a Basilea, a pesar de haber sido apoyado por la universidad.

Un hecho curioso en las relaciones de Ignacio con los humanistas lo constituye la entrevista que mantuvo con un hombre cuyas obras dispondrá más tarde que no se lean indiscriminadamente en los colegios de la Compañía: Luis Vives, de quien fué comensal en Brujas, en uno de sus viajes que allá hizo de 1528 a 1530 para recabar recursos. Lástima que sólo un detalle de la conversación haya sido conservado por el P. Juan de Polanco, secretario del santo; del mismo modo que Erasmo, con quien también parece que Ignacio tuvo otro encuentro antes de pasar a Inglaterra en una de sus vacaciones, Vives dudaba de la prudencia de la ley eclesiástica de la abstinencia, pues los alimentos permitidos, decía, son tan sabrosos como los otros si están bien preparados. A lo que Ignacio contestó: "En efecto, los que se tratan bien en la cuaresma practican muy mal la penitencia, en vista de lo cual la Iglesia manda la abstinencia, pero no es lo mismo con la

masa de los hombres, y es a los intereses de la multitud a los que la Iglesia ha querido proveer". El P. Dudon deduce los posibles temas de conversación, de las obras que Vives había publicado por entonces: los cuatro libros de *Política* dedicados al Emperador, su tratadito de la Paz en homenaje al arzobispo Antonio Manrique de Lara, su opúsculo sobre la condición de los cristianos bajo el yugo de los turcos, y su plan de obras de misericordia redactado a instancias de los magistrados de Brujas. Le parece muy verosímil que cambiasen sus puntos de vista sobre estos libros, ya que Ignacio era tan amigo de los pobres y en otro tiempo había sido un bravo soldado de Carlos V, un íntimo familiar de los Manrique de Lara y un buen conocedor de la odiosidad de los musulmanes para con los cristianos por haberla comprobado en su peregrinación a Tierra Santa.

Esto es lo que me ha sido posible hallar sobre las relaciones de San Ignacio con el humanismo durante sus estudios en París. Ahora veamos su pensamiento y proceder, en el punto de que tratamos, como fundador y primer General de la Compañía de Jesús, aprovechando los documentos recopilados por el P. José Manuel Aicardo, S.J. en su *Comentario a las Constituciones* de la Orden. Nos fijaremos primero en la finalidad que quería se tuviese en los estudios, luego en su mente, como legislador, sobre la formación humanística, y por último en los éxitos alcanzados como resultado de sus sabias normas.

Desde que la Compañía empezó a propagarse, sobre todo por Italia, Francia, Alemania, España, Portugal, Sicilia, Córcega y los Países Bajos, se fueron levantando muchos colegios atendidos por

ella. Varios pasajes de las Constituciones y cartas de San Ignacio a los príncipes, a los fundadores, a los superiores y maestros dan a conocer claramente su pensamiento sobre la finalidad que deseaba se persiguiese con los estudios. Se insiste infinidad de veces en que al aprovechamiento de letras debe acompañar el de virtudes, indicándose así el humanismo integral que propiciaba. Baste citar, en confirmación, algunos testimonios.

En la parte IV, capítulo 7, número 1 de las *Constituciones*, leemos: "Teniendo respecto a que en los colegios nuestros, no solamente los escolares nuestros se ayuden en letras, pero aun los de fuera en letras y buenas costumbres; donde cómodamente se podrán tener escuelas, se tengan a lo menos de letras de humanidad; y de allí arriba, según la disposición que hubiere en las tierras de los tales colegios...".

En una de las primeras instrucciones mandadas con los que iban a fructificar en Germania, se pone como algo muy principal que o el Duque de Baviera, Al-

berto V, o algunas otras personas fundaran seminarios y colegios de la Compañía. Entre los motivos se señalan: "Entienda también (el Duque) que la Universidad de Ingolstadio se ayudaría mucho, si, como sucede en Gandía y Mesina, hubiese allí un colegio donde no sólo se estudiase la teología, sino también las lenguas y la filosofía, con ejercicios escolásticos al modo de París. Entienda también cuán grande será la corona que le espera, si él antes que nadie introduce en Alemania los seminarios de los tales colegios para aumento de la piedad y de la sana doctrina".

En una circular que escribió S. Ignacio ponderando la importancia del Colegio Romano que se iba a fundar, dice entre otras cosas: "...habiéndonos el Sumo Pontífice encomendado el cuidado de instruir en letras y virtudes los alumnos del Colegio Germánico, para que se pueda socorrer a aquellas regiones septentrionales... es de gran importancia que en este nuestro Colegio, donde estos germánicos han de ser instruídos, haya, no sólo muchos eruditos maestros sino también no pocos y muy escogidos discípulos de nuestra Compañía".

Finalmente, en carta a un Maestro Gerardo del colegio de Loreto se le anima diciéndole: "Me avisáis que os encontráis contento en vuestro estudio y oficio, en el cual era nuestra intención que, después de ayudar a los otros un poco de tiempo, os hiciéseis más docto aun en esas letras, porque son, como sabéis, en nuestros tiempos muy necesarias para hacer fruto en las ánimas, máxime en aquellas partes septentrionales, aun cuando para nosotros la teología nos podría bastar sin tanto Cicerón y Demóstenes. Pero, como San Pablo se hizo todo a todos

"Con la sabiduría y sentido práctico de un santo favorecido con la unión mística con Dios, de un modo u otro Ignacio seleccionó los mejores elementos contenidos en los sistemas de los primeros humanistas, y evitó sus graves deficiencias. Así dió a los hombres de su época lo que sus gustos y necesidades requerían para que pudieran vivir bien en el cuadro social y político de su tiempo; pero se aseguró, asimismo, que los estudiantes en sus colegios tuvieran una sólida formación científica, filosófica y teológica que les permitiera tener una concepción del mundo y de la vida propia de un católico adulto."

para ganarlos a todos, así la Compañía con deseo de ayudar a las almas toma estos despojos de Egipto para trocarlos en honor y gloria de Dios".

Pasando ahora a considerar la mente del santo, más en particular sobre la formación humanística, y sus disposiciones al respecto, nos hallamos desde luego con una carta del P. Polanco, intérprete suyo como secretario de la Orden, dirigida al P. Laínez, en la que trata magistralmente la utilidad de las humanidades. En gracia de la brevedad, apuntaré tan sólo los argumentos.

1º) La autoridad de los antiguos y modernos que las aconsejan como algo necesario a la Escritura. Y en particular le mueve lo que siente el P. Maestro Ignacio, a quien, además de lo que hay en él de humano, de prudencia y experiencia, le considera inspirado para el bien de sus súbditos.

2º) El ejemplo de los antiguos, como Jerónimo y Agustino y de los demás griegos y latinos, a los cuales el estudio de la humanidad no embotó la lanza para entrar muy dentro en la cognición de las cosas.

3º) El uso común de empezar por las letras humanas antes de subir a disciplinas más altas, dejados algunos años en que reinó la barbarie.

4º) La experiencia de que muchos grandes letrados, por la dificultad de expresarse, se guardan para sí su ciencia.

5º) Las no pocas razones que se presentan, entre ellas: que las letras abren el entendimiento para entrar mejor en los estudios superiores; el estar en tiempos muy delicados, en los que parece tendría poca autoridad quien no las supiere; y,

por último, que se ejercita mucho el ingenio en las disputas de retórica y en las invenciones propias, ahora sea con versos, ahora con prosas, oraciones y epístolas.

Entre las ordenaciones de S. Ignacio en las Constituciones, cartas a los superiores y reglas aprobadas para diversos colegios, que pueden ser consideradas como base para el futuro *Ratio Studiorum* (1586), cabe señalar algunas más importantes, por vía de ejemplo. Quería el fundador que hubiese orden y solidez en los estudios, de modo que los que subiesen a los cursos de filosofía y teología estuviesen antes bien fundados en gramática, humanidades y retórica. Asimismo, que los estudiantes fuesen diligentes en preparar las lecciones, y, después de oírlas, en repetirlas, preguntar lo que no entendiesen, y anotar lo que fuese conveniente para suplir luego la memoria. Recomendó también que los estudiantes hablasen en latín, como solían hacerlo los humanistas; se ejercitasen en discusiones; puliesen el estilo en composiciones en pro-

"Resumiendo, la concepción que Ignacio tenía de la educación que esperaba impartir mediante sus colegios y universidades, era la de un desarrollo armonioso de todo el hombre con todas sus facultades naturales y sobrenaturales, de modo que a través de su actividad personal y de su reflexión pudiese el joven llegar a tener una visión católica de la vida, bien cimentada en la razón; pudiese llegar a ser una copia de Cristo en su ser y obrar; y, consiguientemente, pudiese ser feliz en este mundo como ciudadano benéfico a la vez a la sociedad eclesiástica y a la civil, y tuviese finalmente una rica participación en las eternas alegrías de la posesión de Dios en la gloria." —(G. E. Ganss, en *St. Ignatius' Idea of a University*).

do filosófico del sano humanismo integral fomentado por San Ignacio, responde a los postulados de la filosofía perenne sustentados por el catolicismo, y comporta un ideal preciso con garantías de éxito. En cambio, las desviaciones paganas y naturalistas del humanismo renacentista, con sus simpatías por el subjetivismo del libre examen, han influido en gran manera para que pulularan, a través de los siglos, distintas formas equivocadas de humanismo, que nada tienen que ver con el tradicional católico. Puesto el hombre como *centro* del proceso perfectivo, y descartada la necesidad de un Dios personal, los mitos del "yo" y del "progreso" pasaron a recibir los honores de la deificación. El hombre y la humanidad no serían sino una parte del proceso, continuamente en progreso, de la realización del dios positivista en la naturaleza y en la historia. Negado el orden y el fin último sobrenatural, el hombre vendría a ser el *módulo* de un proceso, en perpetuo *devenir*, de humanización materialista del mundo, en el cual la verdad sería lo que más conviniera creer, mientras no se hallase en oposición con otra ventaja vital, y la suprema aspiración sería el conseguir la suma de todos los goces terrenos, aun a costa de los derechos y el bien ajenos. Pero el resultado ha sido el más completo fracaso, pues no es posible negar lo sobrenatural y rechazar la dirección espiritual que imprime a los que lo admiten, sin perjudicar, por el mismo hecho, a la naturaleza. Se

repudió al catolicismo, diciendo que establece la división en el hombre, al asignarle un fin más elevado, y que no hace de él un hombre completo, y lo que se ha conseguido es precisamente deshumanizar al hombre, convirtiéndolo en lobo de sus hermanos, en un ser incapaz de alcanzar el mismo ideal naturalista que tanto se exaltaba. El hombre, a pesar de sus esfuerzos titánicos por alcanzar la prosperidad y la felicidad materiales, sigue sufriendo el suplicio de Tántalo o el de Sísifo. Sucumbe y corre peligro de ser víctima de un desastre con caracteres de suicidio, por haber aspirado a lo que no podía alcanzar, a un falso fin, a un fin que no era fin. Creyó que sin Dios y el orden sobrenatural podría entendérselas consigo mismo y con el mundo, pero, como era lógico, ha sufrido el más cruel desengaño. Puso en su propia razón y en sus propias fuerzas el punto de apoyo para su elevación, pero ese punto de apoyo era demasiado débil y no ha podido realizar aún sus sueños de grandeza. Quiso subir a las alturas como Icaro con sus dos alas, pero esas alas estaban prendida con cera, la cera se derritió por los rayos del sol de la verdad, y el infeliz se precipitó a tierra. Así es cómo la más elevada civilización no conduce a nada estable, sino únicamente al error, al odio, a la desesperación, a la angustia y a la ruina, si no une a las miras y esfuerzos naturales del hombre, aquel ideal y aquellos auxilios sobrenaturales que sustenta el humanismo integral católico.